

PLUMAS DE PAVO REAL

Luisa González López

Algunos días antes, cuando Aurora Bellavista vio posarse una pluma de pavo real sobre el retrato de su hija que adornaba la chimenea, pronosticó un mal presagio para Rosalía. La vida le había demostrado que la voluntad inexorable del destino siempre se manifiesta y se anticipa bajo signos de inequívoca interpretación. Corrió hasta la cama, con el ánimo cimbreado como un junco por el viento, con el alma enjuta como el resto de su cuerpo, y puso el dorso de su mano de piel apergaminada delante de la nariz respingona de su hija y sintió la respiración lenta y cálida de aquellos que duermen profundamente. Después, con una leve caricia, apenas un roce imperceptible para no despertarla, comprobó la fuerza del corazón latiendo en sus pequeños



pechos incipientes, inflándose con el aire como el fuelle de un acordeón. Regresó al salón con la trágica certeza de que la pluma de pavo real, que había llegado hasta la casa atravesando ventanas y puertas cerradas a cal y canto para preservar el hogar de la bocanada gélida del invierno, se encontraría aún posada sobre el rostro de papel de su hija. Con un nudo en la garganta, como si una bola de esparto obstaculizara el paso del oxígeno por su esófago, y con los ojos licuados en la lentitud de las lágrimas retenidas, Aurora Bellavista contempló la pluma pegada a la fotografía, justo en la frente de Rosalía, cuya imagen se había convertido en un cíclope de tres ojos. Arrancó del cristal la pluma y, con todo el coraje de quien sabe que no hay anticipación que pueda alterar las decisiones del azar, la arrojó al fuego. Los dedos se le quedaron impregnados de un polvo verdoso con destellos dorados, como aquella otra vez que retiró una pluma idéntica de su propio retrato.

Rosalía escuchó, desde el sosiego de su cama, algunas voces que perturbaban el silencio de las calles, todavía acomodadas en la penumbra de la noche. El canto estridente de algún gallo se anticipó a la

madrugada y se sobrepuso al ruido de las risotadas y aplausos que se formaban afuera. Rosalía se asomó a la ventana. El frío le heló el hálito y lo dispersó en la oscuridad como bocanadas de humo. Bajo una farola de luz anémica, como espectros borrachos se aglutinaban las sombras de algunos hombres, formando círculos concéntricos alrededor de una figura gigantesca alzada al aire que emitía unos gruñidos afilados. Se frotó los ojos en intento de aliviar el sueño interrumpido por la algarabía callejera y de agudizar la vista para ver con nitidez qué clase de monstruo era aquél capaz de hacer cimbra hasta los cimientos del sueño. Pero antes de que pudiera dar crédito a lo que acababa de ver, su madre irrumpió en la habitación y la obligó a cerrar los postigos de la ventana, a volver a la cama y a jurar que, pese a lo que escuchase, no se volvería a asomar.

Fue así como Aurora Bellavista supo que había llegado la hora de la maldición de la pluma de pavo real. De regreso a su dormitorio, intentó conciliar el sueño dando tumbos entre las sábanas almidonadas,



pero no consiguió dormir porque los recuerdos se revelaron en la memoria y, con autoridad propia, revivieron los días de la llegada del vendedor ambulante, del revuelo inmediato de la gente en las calles donde todos se paraban a escuchar las retahílas de productos que pregonaba el comerciante locuaz desde lo alto de su carro. Y ella, postrada ante los ojos de azabache del forastero, contemplaba, con todo el temblor de la carne, aquel cuerpo espigado que le azotaba caricias desde la distancia.

La luz clareaba ya las cortinas cuando Rosalía decidió levantarse. El gentío en las calles crecía y los murmullos se adentraban en la habitación. Antes de incorporarse, escuchó la música de un acordeón, una canción alegre que la obligó a saltar de la cama y a bailar una danza primitiva y desenfrenada que la dejó exhausta. Fuera se oían vítores y, de vez en cuando, también los mismos gruñidos hirientes que le asustaron durante la noche. No se atrevió a abrir la ventana por el juramento hecho apenas unas horas antes a su madre, pero pensó que tal vez durante el día sí podría salir a la calle a ver aquello que

antes, mientras las sombras nocturnas, no logró tener forma específica ni siquiera en la imaginación.

En cuanto abrió la puerta de su dormitorio, Rosalía respiró los extraños efluvios de un brebaje desconocido. Guiada por el olor que se le había impregnado en la nariz, llegó a la cocina y vio a su madre colando un líquido de color ensangrentado. Aurora Bellavista ofreció la infusión a su hija, que no dejaba de mirarla con ojos atónitos, y rehusó todo tipo de preguntas y comentarios respecto a la pócima. Rosalía se negó a beberlo, pero la imagen de su madre de pie sobre un suelo tapizado de flores de azafrán y algunas lágrimas furtivas la obligaron a engullir a sorbos lentos la bebida humeante. El asco que Rosalía sintió fue superior al miedo de ver a su madre con las manos temblorosas y rojizas, tan encarnadas que tuvieron que pasar algunos meses para que se le borrara el color purpúreo. Sin atreverse a violar el silencio sobrenatural que había invadido la cocina, Rosalía salió de allí dispuesta a vomitar hasta la última gota de aquella pócima nauseabunda.



Mientras barría las flores esparcidas por el suelo, Aurora Bellavista recordó de nuevo al vendedor ambulante. Entonces ella todavía no había alcanzado la edad de Rosalía, pero su cuerpo de niña enfundaba un corazón capaz de entregarse al amor. Pasó el día escuchando los milagros que prometía el recién llegado, viendo como vendía todo tipo de lociones capilares que devolverían el cabello a los cráneos calvos, y lociones corporales para alcanzar la piel tersa que la vejez robó. Betún de todos los colores para dejar como nuevos los zapatos estropeados e inservibles, ungüentos para estimular la virilidad, pomadas para la curar la infertilidad, y todo un sinfín de potingues prodigiosos. Aurora Bellavista, decidida a vencer la timidez, pero con un temblor en las comisuras de los labios que le impedía articular palabras claras, se acercó al vendedor, que estaba subido a su carromato como un actor interpretando el papel principal de su propia vida, y le pidió un frasco de agua de rosas, de esos que él antes había anunciado como embellecedores inclu-

so de los rostros más atroces y como purificadores de la piel y del alma. Él dio un salto desde el carro hasta el suelo, dibujando con los pies y con las manos una pirueta en el aire, y con artes de malabarista y seductor, le susurró al oído una frase encantada. Aurora Bellavista se marchó de la plaza, abriéndose paso entre la multitud allí congregada. Iba con el corazón desbocado repicándole en el pecho como un tambor, con las mejillas ensangrentadas y con una agitación tan tremenda en la carne que la mantuvo en desvelo hasta medianoche, momento exacto en el que no pudo resistir la tentación de acercarse al carromato del vendedor ambulante.

No debió quedarle en el estómago ni una sola gota del brebaje ingerido momentos antes de devolver. Rosalía comprobó en el espejo que sus dientes, su lengua y sus labios se habían teñido de un color amarillento imposible de borrar, ni siquiera con los enjuagues bucales ni las gárgaras repetidas con agua de hierbabuena. A pesar del rastro que dejó la infusión de azafrán en su boca, en el aseo no quedó huella alguna de sus vómitos; sólo el olor denso y perenne de la lejía fue testigo omnipresente de sus actos.



Toda la gente con que se cruzaba en la calle seguía la misma dirección hacia la plaza del pueblo. También Rosalía, obedeciendo el dictado de un instinto nuevo, con pasos de paloma asustada, llegó allí. Se abrió paso entre la muchedumbre hacinada en torno a un joven de aspecto salvaje, de cabello largo y sedoso, ataviado de una desnudez casi completa que dejaba contemplar un cuerpo fibroso y enérgico, un cuerpo de carne brillante y húmeda, tostada por un sol peregrino que debía acompañarle en rutas impensables. Sin poder apartar los ojos de aquel extraño ser primigenio que únicamente cubría su sexo con un retazo de piel de leopardo, casi no se percató de la presencia del oso blanco que bailaba a su lado como una marioneta gigante. El animal

giraba sobre sí mismo a dos patas, mientras el joven le marcaba el ritmo de la música con un acordeón. La gente hacía palmas al compás de la canción y, entre una pieza y otra, depositaban algunas monedas en un plato mugriento. Después el oso se inclinaba a modo de reverencias, y con unos gruñidos estruendosos que hacían retumbar la tierra agradecía al público su presencia.

Como hechizada por las palabras del charlatán ambulante, Aurora Bellavista llegó al carromato, cruzando las calles dormidas del pueblo sumergido en un crepúsculo fantasmagórico. Él la esperaba junto al rescoldo de las últimas brasas de una hoguera que se había consumido en su espera. La luna era un garabato difuminado en el cielo, un trazo desdibujado entre nubes; el silencio, casi tangible, palpado en la espesura de las sombras, esperaba las palabras que justificasen el encuentro. Él la miró con la carne iluminada con que el deseo enciende prisas, y la tomó de la mano, y la condujo hasta el interior del carromato donde una mezcla de olor a incienso y humo de velas aromáticas acabaron de convencer a Aurora Bellavista.

Durante una semana, todas las noches ella escapó de su cama, sorteando los obstáculos que impidieran el encuentro en el carromato, y regresaba con el olor de las velas y del incienso impregnado en la piel. Después se volvía a meter en la cama y se obligaba a soñar aquello que acababa de vivir como un sueño.

Una de aquellas noches, Aurora Bellavista, aferrando un retrato reciente que pensaba regalar al vendedor ambulante, cruzó las calles desoladas del pueblo para llegar al carromato. Él la esperaba impaciente. Contempló la fotografía con los ojos anclados en el papel. Después se amaron hasta que los cuerpos se les quedaron enjutos. Cuando Aurora Bellavista vestía su desnudez con la mirada del vendedor ambulante, ella se percató de que una pluma de pavo real se había posado sobre la fotografía olvidada entre las ropas arrumbadas en el suelo. Al retirar la pluma que tapaba su rostro pueril, un polvo verdoso con destellos dorados le manchó los dedos. Antes de que ella se fuera, el



vendedor ambulante le ofreció un brebaje de estambres de flores de azafrán. Aurora Bellavista regresaba a casa con el propósito de esconder el frasco como un tesoro fascinante en el lugar más recóndito de su habitación, cuando de repente tropezó en un adoquín resbaladizo de una calle oscura, y la pócima se derramó formando en el suelo un charquito del color de la sangre y cristales rotos. Sólo pudo recuperar la etiqueta de majestuosa caligrafía con que él había escrito una palabra para ella desconocida hasta entonces: *abortivo*.

Esa noche Rosalía cerró los ojos con el propósito firme de soñar con el dueño del oso blanco. Sus intentos fueron en vano, pues no pudo conciliar el sueño porque su piel le pedía caricias, y su sexo no se conformaba con esas manos párvulas incapaces de apaciguarlo. Una fiebre húmeda le recorría la carne y empapaba las sábanas. Con el aspecto de una sonámbula que acaba de descubrir que ha despertado en medio de un lugar a donde jamás hubiera soñado llegar, Rosalía apareció en la puerta de la tienda de lona del hombre primitivo, guiada por la música melancólica de un acordeón. El oso blanco estaba atado a un árbol. Una cuerda lo ligaba a una argolla de hierro que traspasaba las fauces del animal. Y como si el joven salvaje hubiera estado esperando a Rosalía desde el principio de todos los tiempos, y sin inmutarse por la presencia repentina de la muchacha ataviada con un camisón de seda blanco, continuó tocando sin apartar los ojos de la figura pétreo postrada ante él. Al poco rato cesó la música. Y en la tienda se coaguló el deseo.

Aurora Bellavista despertó de sobresalto y, apresurada, llevando en los ojos la imagen de cuanto esperaba hallar, se dirigió a la habitación de Rosalía. Encontró su ausencia, un hueco lacerante en la cama vacía.



Lloró. Lloró como la última noche que se escapó de la cama para visitar al vendedor ambulante y sólo encontró las huellas en el barro de las ruedas de un viejo carromato.